

EL HERMANO ANGEL: UN HOMBRE ÍNTEGRO

En las décadas de los cincuenta y sesenta Agüimes era un municipio fuertemente deprimido. La precariedad laboral ligada al cultivo del tomate, a la incipiente construcción en un sur turístico que empezaba a emerger y a una legislación que permitía la explotación y el sometimiento, hacían posible una sociedad con enormes deficiencias económicas y sociales.

Agüimes en aquellos momentos era una población rural, en transición hacía nuevos modos de vida, con carencias en equipamientos e infraestructuras de todo tipo, lo que se traducía también en graves vacíos educativos y culturales.

La presencia de los Hermanos de La Salle en la Villa en estos años vino a crear, en medio del viento, el polvo y el sol, un oasis para la formación, la cultura, la educación....

Poco a poco los Hermanos de La Salle fueron forjando nuevas generaciones de agüimenses –y también de otros municipios limítrofes-, que serían capaces de romper con anquilosados modelos para propiciar hombres ávidos de superación y preparados para afrontar nuevos retos vitales con un bagaje de valores y conocimientos que sustentaría la profunda transformación que viviría este pueblo en las décadas siguientes.

Si yo tuviera que elegir a un Hermano de La Salle que con su presencia, su tarea diaria, su dedicación y entusiasmo, simbolizara y sirviera de referencia para la ingente labor de esta comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Agüimes, no dudaría ni un momento en señalar al Hermano Ángel de Frutos.

Estoy absolutamente seguro de que todo lo que hoy soy, mi formación, valores e inquietudes sociales y culturales se deben al profundo cariño, respeto y dedicación que depositaron en aquel niño, que se preparaba para la vida, unos padres humildes que querían lo mejor y un mundo distinto para su hijo y el Hermano Ángel que le prestó atención, confianza y le supo abrir la mirada hacia horizontes de progreso; de ruptura contra modelos espirituales y materiales caducos; de compromiso social, de no renunciar nunca a las utopías.

Hace unos años, en un encuentro que tuvimos en Agüimes, me decía el Hermano Ángel que él suponía que yo sería un buen abogado o un buen médico, pero que nunca creyó que aquel niño tímido, calladito, se dedicaría a la política y fuera alcalde de su pueblo. Yo le contesté que él no se imaginaba lo que había influido en esa decisión aquella etapa que viví con él en el colegio.

Con apenas veinticinco años, el Hermano Ángel irrumpió en el colegio como lo hacen los alisios en sus mejores meses por nuestras calles y plazas. Era un vendaval. Todo lo hacía con una enorme ilusión y cariño. Por los niños, por su vocación religiosa que lo obligaba a comprometerse y pelear por aquellos chiquillos en los que advertía enormes carencias.

Con su llegada el colegio acogió un sinfín de experiencias novedosas como complemento a la educación reglada. A partir de este momento, el centro estuvo abierto todo el día. Sus sótanos vacíos pronto se convirtieron, durante las tardes y los fines de semana, en el lugar de encuentro de todos los chicos que teníamos allí nuestro rincón para la lectura, los juegos de mesa, la televisión.

En Agüimes no había en aquel entonces ningún local social, ni Casa de la Cultura. Los niños solo podíamos jugar en la calle. El Hermano Ángel puso en marcha entonces un Teleclub -así lo llamábamos- en el que los propios alumnos nos responsabilizábamos de su control y gestión. Uno se encargaba de la biblioteca, otro de los futbolines y el ping pong, otros de los juegos de mesa, de las actividades deportivas...

Nos formaba en la responsabilidad, en la autonomía a la hora de tomar decisiones, en la confianza. Llegó un momento en el que nosotros mismos nos servíamos las golosinas o los refrescos en el pequeño quiosco que montamos, y pagábamos sin que nadie nos controlara.....Los fines de semana tocaba una película. El colegio siempre de par en par, vivo, entrañable, alegre....

Lo recuerdo siempre moviéndose de un lado para otro, de prisa, corriendo, bajando y subiendo escaleras, peleándose por ampliar los espacios del Teleclub, por adquirir nuevos juegos, porque invitáramos a otros niños a disfrutar de aquel espacio. ¡Cuántas tardes ganadas a la calle para la lectura, los juegos, las charlas, la amistad, el crecimiento personal...!

Lo recuerdo tímido, humilde, humano, cercano... No le gustaba nada que se le alabara en público o que los padres le hicieran llegar algún detalle...

En aquellos años de dictadura nos hablaba de compromiso con los más débiles. Nos hablaba de sueños, de utopías, de que nos superaríamos, de que debíamos luchar para seguir adelante, de que sólo con nuestro esfuerzo – formándonos- podíamos pelear por una sociedad mejor para nosotros y nuestros hijos...

Luchaba día a día por superar las discriminaciones derivadas de posiciones sociales y de fuerza, o por el expediente escolar. Buscaba afanosamente que nos sintiéramos integrados, en familia.

Cuarenta y dos años después conservo nítida la imagen de un hombre bueno, profundamente humano, con un gran cariño por la educación y sus alumnos. Un hombre que transmitía una enorme vocación cristiana, que se esforzaba por impregnarnos de esos valores a través de la educación, de la dedicación, y el respeto. Rompía moldes, era innovador, se comprometía, nos dedicaba todo su tiempo y compartía con nosotros sus ilusiones. Soñaba con hacernos hombres de futuro y no le importaba para ello echarle horas y horas dándonos clases, jugando con nosotros, organizando actividades, supervisando el Teleclub...

Lo recuerdo huyendo de las fotos, de los reconocimientos, de condicionarnos con sus opiniones. Siempre dejaba un hueco para nuestro criterio.

Lo recuerdo con esa imagen de fragilidad física que siempre le acompañó, pero que no disminuía un ápice la inmensa fuerza interior que le llevaba a darse con absoluta intensidad a sus alumnos.

Lo recuerdo siempre como un extraordinario ser humano, un excelente profesor, un hombre íntegro, capaz de legarnos un conjunto de valores que hacía suyos y que vivía intensamente.

Lo recuerdo lleno de vida, de alegría, escuchándonos, enseñándonos... Después de tanto tiempo, su recuerdo ocupa un lugar preeminente en mi vida.

Antonio Morales Méndez